

La aparicion de la
Virgen del Camino
por
Don Frutos Volcace

JT - F 1955

Leon 1906
Imprenta de Nicolas Lopez



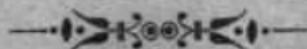
LA APARICION

DE LA

VIRGEN DEL CAMINO

POR

DON FRUTOS VALCARCE



*Composición premiada en el Certamen
y leída en la Velada que, en honor
de Santo Tomás de Aquino,
celebró el Seminario Conciliar de León
el día 7 de Marzo de 1906*



CON CENSURA ECLESIASTICA



LEON: 1906

Imprenta y Papelería de Nicolás López

Calle de la Zapatería, 1

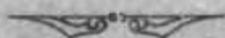
T. 1262742
C. 71709875



R. 161443



LA APARICIÓN
DE LA
VIRGEN DEL CAMINO



SANTA Virgen del Camino,
Piélago inmenso de angustias
Y consuelo que los hombres
En todas sus penas buscan,
El que á tus plantas debiera
Venir sólo á llorar culpas,
Llega á tu trono cantando
Y te hace humilde esta súplica—
Que aceptes de hoy para siempre
La tosca lira que pulsa—
Canten otros los encantos
De terrenas hermosuras,
Tus virtudes y tus glorías
Cantará siempre mi musa.
Préstame, Madre, las notas
De poética dulzura

Que en tu presencia arrobados
Los Querubines modulan.
Da un decir galano y fácil
A mi expresión tosca y ruda
Y hondos sentires al alma
De delicada ternura;
Y á mi voz aquellos sonos,
Aquella armonía suma,
Aquellos tiernos acentos
De sobre-humana dulzura
Con que al Dios Niño arrullabas
Llena de amor, en la cuna.
Y... también, si quieres, mezcla
Una gota de amargura
De esa que llena tu alma,
De esa que tu pecho inunda;
Pues contigo, Madre mía,
También el dolor me gusta,
¡Que con infinitas mieles
Tu santo amor nos lo endulza!



Vengo á contar una historia
Llena de encantos cual tuya,
Que mi madre me enseñó
Aun al borde de la cuna
Con ese decir sencillo,
Con esa suavidad suma

Con que las madres nos cuentan
Las dulces historias tuyas.
¡Oh, qué grato es el recuerdo
De aquellas dulces venturas,
De aquellas tiernas escenas
De candor y gracia suma
Que en sus primeros albores
El sol de la vida alumbra!...
¡Cómo al alma recordarlas
En sus pesares le gusta!
¡Cuántos encantos encierran!
¡Qué de amor! ¡Cuánta ternura!...
¡Cuántos consuelos nos prestan
Si en esta incesante lucha
De la vida, cruel nos hiere
Con reveses la fortuna!
Con su mágico recuerdo
¡Cuántos pesares endulzan!
¡Cuántos sinsabores quitan!
¡Cuántas lágrimas enjugan!
Por eso, Madre del alma,
En mi memoria se junta
El recuerdo de la imagen
De tus dolores y angustias
Con el recuerdo bendito
Que de emociones me inunda
De aquellas dulces escenas
De simpár gracia y ternura.
¡De aquella madre que amante

Me contaba historias tuyas!
Y por eso también quiero
Que las trascriba mi pluma,
Cual brotaban de sus labios
Para que mi tosca musa
No quite aquellos encantos,
No quite aquella ternura,
No quite á aquellos decires
El candor y gracia suma
Con que al cogermé en sus brazos,
Con acento de dulzura
Como brisa juguetona,
Como viento que susurra,
Siempre empezaba diciendo:
¡Escucha, hijo mío, escucha!



Una tarde de verano,
Casi á la puesta del sol,
Entre otras muchas historias
Esta tuya me contó:

Hoy, hijo mío, es el día
De la Santa Aparición
De la Virgen del Camino,
Que un día antes visitó
Del día en que se celebra
La santa Visitación,
Esta tierra leonesa
Que por morada eligió.

Y porque desde hoy la reces
Con mucha más devoción
Te he de referir la historia
Y los portentos que obró.

En el mil quinientos cinco,
Y años hace tal como hoy,
Daba pasto á su ganado
A una legua de León,
Un hombre de fe sencilla,
Un inocente pastor
De Velilla de la Reina
Que se llamaba Simón.
¡Pastor en aquellos tiempos
En que con tanto esplendor
En nuestra patria brillaba
De la fe el hermoso sol,
Era sinónimo de ángel
De inocencia y de candor!
Y de este rústico empleo
Era un modelo Simón.
Muy devoto de la Virgen
Y temeroso de Dios,
Rezaba el Santo Rosario
Lleno de fe y de fervor,
Que por entonces no era
Añeja superstición.
¡Porque en aquel tiempo había
En el alma más candor,
Más pureza en la conciencia,

Más temor santo de Dios
Y más viva y más sincera
Piedad en el corazón!
Cuando á sus ojos atónitos
De pronto se apareció
Una hermosa y gentil dama
Que entre celeste esplendor
Más grato que el de la Luna,
Más brillante que el del Sol,
Al pastor se fué acercando
Y de este modo le habló:

—«Nada temas, hijo mío,
Que yo te diré quién soy.
Soy la Virgen á quien rezas,
La Madre del Salvador,
Que he bajado de los cielos
Para darte esta misión:
Dejando aquí tu ganado,
Que un ángel mandaré yo
Que lo guarde, marcha al punto
A la Ciudad de León,
Y al Señor Obispo dices
Que es la voluntad de Dios
Y de la Virgen, levante
un santo Templo en mi honor,
Donde el pueblo fiel me rinda
Su culto y veneración...»

Ante estas revelaciones,
Confuso quedó el pastor,

Sin que sus labios pudiesen
Murmurar una oración
Ni una palabra ¡que arrogaba
La intensa emoción su voz!
¡Mas lo que calló la boca,
El corazón lo suplió!
Viendo la excelsa Señora
El temor y turbación
Que en su presencia sentía
Aquel sencillo pastor
Y los tiernos sentimientos
De su noble corazón,
Que daba fuertes latidos
De gratitud y de amor,
Con voz aun más dulce y tierna,
Sonriente repitió:

«Nada temas, vete pronto
A cumplir esa misión
Que gozoso cumpliría
Si á un ángel mandase yo.
¿O es que alguna duda tienes
O te asusta algún temor?
Háblame sencillamente,
Que si yo presto atención
A todos los que en la tierra
Hasta mí elevan su voz,
¿No te escucharé á ti ahora
Que tan cerca de ti estoy?»
Con estas dulces palabras

Más animado Simón,
Dijo: Señora, no dudo
Ni dudaré que sois Vos,
Que con voz harto elocuente
Me lo dice el corazón.
¿Pero cómo á mí me dáis
Tan elevada misión,
Que vos misma me decís
Que es de ángel, no de pastor?...
Vos sois mi Reina y Señora
Y yo vuestro siervo soy,
Mandadme, que yo lo haré
Con vuestro auxilio y favor.
¿Pero qué voy á decirles?
¿Qué autoridad tengo yo?
¿Qué crédito van á dar
A este rústico pastor?
¿No dirán que ha sido un sueño,
Una mentida ilusión
De mi mente trastornada
O que soy un impostor?
Oyendo tales razones
De los labios de Simón,
Dijo afable: ¿Por qué temes
Estando contigo yo?
Y con tranquila sonrisa
La honda pidió al pastor,
Y una piedra que allí había
A gran distancia arrojó

Diciendo: Ahora ya puedes
Ir á cumplir tu misión.
Mas si alguno te rechaza,
Si no escuchase tu voz,
Porque vea que no hay nada
Imposible para Dios,
Le dirás que, como prueba,
De que tu voz es mi voz,
Cuando aquí llegue, esa piedra
Será de tanto grandor
Como por estas llanuras
Nadie jamás conoció,
Y que allí donde se encuentre
Es en donde quiere Dios
Que el Santuario se erija,
Que se me honre desde hoy.
No bien dijo estas palabras
Con su dulcísima voz,
Se desvaneció á la vista
Del inocente pastor
Que, inundado de alegría,
A su lado contempló
Una hermosísima imagen
De acabada perfección,
A la que la acción del tiempo
La cara un poco atezó
Que representa á la Virgen
En sus horas de aflicción,
Teniendo en sus santos brazos

El cuerpo del Salvador,
Y tras ella se veía
El signo de redención,
¡La Cruz mil veces bendita
Donde el Dios hombre murió!
Su rostro moreno y bello,
De tristísima expresión,
Fiel espejo de la angustia
E incomparable dolor
Que le traspasaba el alma
Y partía el corazón,
Inspiraba sólo al verlo
La más dulce compasión.
¡Esa compasión sublime
Que trueca en el pecador
El ansia de los placeres,
La desmedida ambición
En los más hondos afectos
De pesar y de dolor,
De tanta y tanta locura,
De tanto y tanto baldón!
Si, por ventura, algún día,
Caro hijo de mi amor,
A visitarla en su templo
Te lleva tu devoción
Y contemplas esa imagen
De su angustia y su dolor,
Has de sentir los más tiernos
Afectos del corazón,

Ansias santas de virtud,
Dulces nostalgias de amor...
¡Ese amor santo que hiere
Y no mata al corazón!
Como hace el amor que el mundo
Nos ofrece seductor;
Sino que da nueva vida
Llena de fuerza y vigor,
¡Vida santa de misterios
Que no alcanza la razón!
¡Vida que viven los ángeles
En la mansión del amor!
¡La vida que da la gracia!
¡La vida que vive Dios!...



A dar la grata noticia
Corrió el sencillo pastor.
El Cardenal Juan de Vera,
Que era Obispo de León,
Hombre eminente en virtud
Y ciencia, y muy sabedor
De los oscuros misterios
Del humano corazón,
Al ver el aire sencillo
De reverente temor
Con que se mostró el humilde
Y afortunado Simón
Y la sencilla elocuencia

Con que el suceso contó,
Sin dudar un solo instante
De la santa aparición,
Hacia el lugar del suceso
Al punto se dirigió
Con la autoridad y el clero
De la Ciudad de León,
Donde con grande alegría
La santa Imagen halló,
Y á la orilla del camino
Que al impulso del fervor,
Mil peregrinos seguían
De toda gente y nación,
A visitar el sepulcro
Del Apóstol que extendió
En la nación española
Nuestra santa religión,
Trocada en grande peñasco,
Lleno de asombro encontró
La piedra que había arrojado
La Virgen, como el pastor
Les dijo que la hallarían
En prueba de su misión,
Por lo que la santa Imagen
Del Camino se llamó.
Ayudado de los fieles
De toda aquesta región,
Que á porfía concurren
Con presteza y con amor

A dar cuantiosas limosnas
Mostrando su devoción
A la insigne protectora
Que les designaba Dios,
El Cardenal Juan de Vera
Un Templo le levantó
Donde le indicó la Virgen
Por mediación del pastor.



Esta, hijo mío, es la historia
De la santa aparición,
Según la oí de mi madre
Cuando era una niña yo.
Y así también nos la cuenta
Una santa tradición
Que entusiastas de sus glorias
Y del brillo y esplendor
De su tierra, fieles guardan
Los pueblos de esta región.
No olvides estas historias
Llenas de fe, de candor
Y de sencilla piedad
Que cuenta la tradición
Y además de verdaderas,
El alma llenan de amor,
Veneración y respeto
Hacia la Madre de Dios;
Pues su recuerdo bendito

Ha de ser en tu aflicción
Un consuelo á tus pesares,
Un bálsamo á tu dolor
Y aliento santo que avive
Más y más tu devoción
A la Reina de los Angeles,
A la Madre del amor;
Y si algún día te es dado
Hacer que se oiga tu voz,
Cuenta también esta historia,
Refiere esta tradición.
¿Llegó acaso ya el momento
De que se escuche mi voz?...
...No lo sé, madre querida,
Pero como no movió
El afán de los laureles
Mi pluma en esta ocasión,
Me bastará con que aceptes,
Como un recuerdo á tu amor,
Este sencillo relato
De la santa aparición.



